6ª ACTIVIDAD. TELEVISIÓN Y VIOLENCIA

Nuestra fascinación por las escenas provocativas de agresión o de erotismo es tan antigua como la sincera preocupación de que contemplar estas imágenes puede ser perjudicial para la mente impresionable de los pequeños. No pocos psicólogos y educadores piensan que la televisión convierte a los menores de edad en futuros delincuentes. De hecho, los supuestos efectos perniciosos de la pequeña pantalla en las criaturas son a menudo utilizados para explicar actos incomprensibles de violencia.

Es de sentido común que los niños y las niñas aprenden de lo que ven. Nacemos con una gran capacidad de imitar. Incluso criaturas de 14 meses ya copian gestos que ven en el televisor. No es de extrañar, pues, que varios experimentos demuestren que programas que contienen altos niveles de violencia pueden causar agresividad en ciertos adolescentes impulsivos ya predispuestos a ella. Otros estudios sugieren, por el contrario, que ciertas imágenes cargadas de dureza son terapéuticas para algunos jóvenes reprimidos, pues tienen un efecto de purgante psicológico que les limpia de sus impulsos destructivos inconscientes.

Un problema es que la violencia y el sexo se escenifican con frecuencia entrelazados y confundidos. Esta maraña equivoca y siniestra resulta obvia en las múltiples formas de explotación sexual que se proyectan diariamente en la pequeña pantalla. Hoy sabemos que estos espectáculos pornográficos son nocivos para los pequeños, especialmente durante el llamado periodo de latencia sexual, de los 4 a los 12 años. Además de la perturbación emocional que les causa presenciar circunstancias de aparente abuso, se abruman porque no comprenden estos actos tan desconcertantes para ellos. Los ritos y lenguajes pornos duros también inciden en las pautas de conducta que guían la convivencia. Vulneran ese pacto implícito de lo privado y lo público y niegan el valor romántico y comunicativo de las relaciones sexuales.

A parte del impacto negativo que ciertas imágenes de violencia o pornografía

ejercen en determinados niños y niñas, creo que la televisión no es ni tan poderosa como unos advierten ni tan apocalíptica como otros temen. No olvidemos que los cuentos infantiles más populares están colmados de la violencia más gráfica.

Muchos de los argumentos que nos fascinan a los adultos están impregnados de la misma agresividad folclórica que caracteriza los relatos de Caperucita roja o Barbazul. Sin embargo, todas las criaturas normales aprenden muy pronto a percibir con claridad la diferencia entre fantasía y realidad, entre conductas aceptables y prohibidas. Las ondas hercianas, por sí solas, no tienen la fuerza para alterar esta capacidad innata y adaptativa.

En mi opinión, el mayor daño que causa la televisión no se debe tanto a las imágenes que transmite como al valioso tiempo que roba a otras actividades socializadoras y creativas tan necesarias durante los primeros años de la vida.

Muchos teleprogramas se han convertido penosamente en un sustituto de la imaginación y de la iniciativa, en un manjar poco nutriente pero altamente adictivo.

Más problemática es la situación de las criaturas que vuelven del colegio a una casa sin padres y se pasan tres o cuatro horas cada tarde delante de la telecanguro.

Una televisión responsable informa, educa y entretiene. Hay buenos programas que estimulan la tolerancia y las causas altruistas, sirven de arena de debate para las ideas, ayudan a superar prejuicios y fobias sociales, y promueven la dignidad de la persona y el valor de la vida. Pienso que, al final, el desafío que nos plantea la televisión depende del propósito que le asignemos y del uso que hagamos de ella.

Porque este escenario penetrante y omnipresente puede iluminar a nuestros pequeños, pero también confundirles, puede despertarles y adormecerles, humanizarles y embrutecerles.

(Rojas Marcos, L. Niños y Televisión. El País Semanal, 12/09/1997)

Cuestiones:

1. ¿En qué consiste, según el autor, "el mayor daño que causa la televisión"?

2. ¿Qué características tendrían, según el texto, "los buenos programas de televisión"?

3. ¿Qué programas televisivos actuales, que puedas conocer, tendrían esas características? ¿Qué programas presentarían rasgos opuestos?

4. ¿Cuál es la posición del autor en torno a las relaciones entre televisión y violencia?